

Doña Bartola, la Maestra Rural PRIMERA PARTE

Vera del Rey



Capítulo 1

"Toda vida narrada es ejemplar, se escribe para atarcar o para defender un sistema del mundo, para definir un método que nos es propio."

Marguerite Yourcenar

'Dicen que los que no saben se decican a enseñar, sin embargo, yo siempre pensé que sabía.

Que tenía el conocimiento en cuanto a Dios.

Que incauta somos algunas católicas.

Dios no estaba ahí, nunca lo había estado.'

La maestra Bartola

Prólogo

En una de mis visitas al pueblo, un día, la tía Bartola quien por cierto nunca conversaba mucho conmigo, pero también, temiendo llegara yo a dejar de creer en la santa iglesia, me había obsequiado un rosario y dijo, *no existe en el mundo, otra religión verdadera que no sea la católica. Lo demás es cosa del demonio.*

Mira sobrino, escucha bien lo que te voy a decir, dijo la tía Tola de una forma inusual para su carismático carácter. En ese momento había tomado una actitud bastante seria, casi severa. *No deberías de quedarte aquí en el pueblo,* prosiguió. *Vete a conocer otros rumbos. Había sido una orden.* Las mujeres de los Meneses, por naturaleza, ordenaban. Si te vas, prosiguió en ese inusual tono severero, *se que algún día volverás, y volverás a ver éste pueblo, entonces, con otros ojos muy distintos. En tonces podrás hablar de ésta gente. Tu gente. Algún día escribirás de esta familia, de los Meneses, a los que perteces, quieras o no. Porque nos une la sangre. Cuando escribas de ellos, intenta de ser honesto contigo mismo*

Aunque no necesariamente debes serlo. Murmuró la tía, con la mirada hacía la colina. Donde se encontraba la iglesia del pueblo. Imponente. Durante la adolescencia, había yo tenido todo el tiempo del mundo para observar a la tía Tola. Como si estudiara sus movimientos, y sus palabras. Eso cambió después, cuando tuvimos que mudarnos a la capital. Sin embargo, cada vez que llegabamos al pueblo, siempre visitabamos a la tía. La tía Bartola era como la hermana mayor que mi madre nunca tuvo. Su hermana mayor había muerto hacía tiempo, su muerte había sido una absolución, decían las malas lenguas, *por todos sus pecados cometidos, la pobre, que en paz descanse.* La hermana pequeña, desde niña se la habían llevado a la capital. Mi madre nunca volvió ha saber de ella. En aquel entonces tenía yo la sensación, que yo no le importaba a nadie. Y al igual, como la hermana pequeña de mi madre, yo, a muy temprana edad, había dejado tambien de existir para aquella familia. No existía yo, para mis padres. No existía yo para mis hermanos. Lo mas fatal para mí; no existía yo, para la tía Bartola.

Pero no era cierto, de lo contrario, ella nunca me hubiera compartido su historia. Un día, ya grande, cuando volví al pueblo a visitarla, por primera vez habló conmigo, como si hubiera yo sido su confidente de siempre. Quizá siempre lo había sido, solo que no me había dado cuenta. Hasta que habló conmigo abiertamente de ella misma, de su vida. La vida de su familia.

La familia de los Meneses.

1

En la década de los noventa, la tía Tola, solía decir, ya entrada en años, que el mundo había dado un giro de 360 grados. Según ella, todo había cambiado en más o menos veinte años. Concretamente, no sabía yo, a que se refería con ese giro del mundo, veinte años antes y después. Sin duda la tía Bartola había cambiado, ella también había dado ese giro de 360 grados. Irreconocible.

Hace treinta años, decía la tía, como si leyera un reporte, vivía una profesora llamada Bartola. Católica por herencia, creyente, devota. Percinada como dicen. Pero esa Bartola ya no existe. Tengo memoria de esa Bartola, a quien ella misma se refiere con cierta nostalgia, la recuerdo muy bien. Ciertamente era otra aquella Bartola, tan distinta ahora en ese reporte no escrito, en que se describía ella misma. Sin duda las gentes con el tiempo cambian, pensé. El cambio de la tía Tola había sido radical. La profesora Bartola. La señora directora del pueblo, había dejado de existir para ella misma. No era la maestra rural, que había sido, y quizás nunca lo fué.

Hace tiempo. No hace mucho tiempo. A un maestro se le respetaba, no solo se le tenía respeto a un maestro, incluso miedo. Decía la tía en sus confesiones nostálgicas. Solía hablar sola. Cuando estaba yo ahí junto a ella, también hablaba sola, no le importaba que yo estuviera ahí mientras ella pensaba de ella misma o su familia, en voz alta. Yo podía escuchar sus memorias. Los recuerdos más lúcidos que recordaba. Solo yo, tenía acceso a esa locura de la tía Tola.

Los habitantes de aquel pueblo, habían conocido la locura de la tía abuela. Decían, era una locura hereditaria de aquella familia, de generación en generación.

Los alumnos de la maestra Bartola lo sabían muy bien. Sabían que debían de comportarse. La temible profesora, era muy conocida por ser tan severa, estricta y religiosa. Oh, sí, y sobre todo muy religiosa. Sabían que no debían provocar aquella locura que había heredado de su madre.

En mis tiempos ser mujer nunca fue fácil, la mujer tenía todas las de perder, sin elegirlo, simplemente era así. Lo digo yo, como maestra rural, como testigo de mujeres maltratadas, sin posibilidades para ser independientes. Por nuestra parte en mi familia, fuimos mujeres, que decidimos nuestros propios destinos. Fuimos muy afortunadas. Nunca nos sometimos a nadie. Mis dos hermanas, Flora y Melinda, también fueron independientes. Ellas eligieron, nunca las eligieron. Luego también tuve tres hermanos. Ellos realizaron sus vidas, siempre con nuestra autorización y consejo. Pero al final, no te escapaz de un sistema, de una tradición. De lo supuestamente impuesto por los propios dioses.

Los hombres siempre necesitan ser dirigidos.

La finada de mi madre, y la finada de mi abuela, fueron mujeres muy estrictas, y así nos criaron. Fueron mujeres solas, enviudaron muy pronto, y solas tuvieron que hacerse cargo de la familia. Nos criaron con vara, a cinturonzos, nos mandaron a la escuela. A todos nos dieron la profesión de maestro.

En aquel entonces ser maestro, era ser parte importante de la sociedad. Los maestros entonces éramos una autoridad. Luego estaban también el doctor y los sacerdotes. *Claro los putos sacerdotes.* Nunca lo hubiera imaginado que la tía Tola se expresara así de los sacerdotes. Nunca. Un día me sorprendió esa libertad con que hablaba.

Había más respeto en aquel entonces, en mis tiempos, había más respeto a los demás, y así mismos. Habían vicios como siempre los han habido, pero éramos más honestos, más honrados. Éramos más fieles, quizás, más creyente. Yo era más creyente. Un día la maestra rural, dejó de ser lo un día había sido.

Ser honesto hoy en día, no es algo muy bien visto, incluso se ve a veces como algo estúpido. Hubo un tiempo en que le temíamos a la furia de Dios, y a raíz de ese miedo, tratábamos de comportarnos, según sus mandamientos.

A decir verdad, le temíamos más al Diablo.

Le temíamos mucho más al hecho de irse uno al infierno, y sufrir una supuesta terrible condena por los siglos de los siglos. Hoy en día eso de irse al infierno ya no es amenaza para nadie. Aunque no estoy muy segura de eso. Por lo menos ya no es amenaza para mí, me he liberado de ese miedo, de esa amenaza. Como liberarse de una misma maldición. ¿Quizás entonces éramos más ignorantes?, o ¿más creyentes?, en el sentido de creer por creer, dejarse llevar. Hasta cierto punto, dejarse engañar.

La tía Tola hablaba conmigo en una forma de confesión, sin sentir la amenaza de recibir algún castigo de mi parte. La neutralidad de mi actitud, le daba quizás, la libertad para hablar de ella misma. *Ahora soy menos creyente. Conocíamos el miedo, la vergüenza. Teníamos entonces más valores, los valores familiares por ejemplo.* Su voz era nostálgica, y de resignación. *Hoy en día todo es manipulación y vicios. El vicio de manipular, el vicio de ser manipulado. El vicio de codiciar lo que no nos pertenece, el vicio de poseer lo que no nos hemos ganado.*

La mayoría de los religiosos, tenemos el vicio de creer por creer y esperar milagros. Yo siempre esperé milagros, de ídolos hechos de barro.

La tía Tola pertenecía a la familia de los Meneses, quienes eran una familia muy grande. Yo estaba emparentado, con más o menos, todo el pueblo y los pueblos circundantes.

Ahora las familias se han reducido, pero no la soledad contenida en el seno de familiar. Ni la soledad, ni la violencia. Las familias se han desintegrado. Yo viví la desintegración de mi propia familia. Estuve ahí en el proceso de la desintegración sin poder evitarlo. Rezé por la salvación de mi familia, pero los santos no me escucharon. Nunca lo habían hecho.

Mi padre nos legó un buen nombre, y una herencia con la cual vivir bien, y formar a los nuevos miembros de la familia. Imaginense. En aquél tiempo yo misma era parte del futuro de la familia, y tomé esa tarea con responsabilidad. Teníamos bases sólidas para conservar aquél nombre; nuestras tradiciones. Habíamos recibido una profesión, habíamos sido formados para ser responsables. Luego llegó la nueva generación, la que un día, tendrían que tomar las riendas del destino de la familia; dirigirla, y conservar nuestro nombre para futuras generaciones. Teníamos ambiciones. Teníamos grandes sueños. Eran los sueños, las ambiciones de una maestra rural.

¿En qué fallamos?

¿En qué fallé?

2

La familia de los Meneses era entonces una familia respetable. El prestigio. Gente de fé y costumbres. Hasta que mis hijos escandalizaron nuestro nombre. ¿Cómo empezó todo? Ah, sí. Ahora lo recuerdo.

Todo empezó con nuestra supuesta relación con Dios.

Mis hijos crecieron. Dos de mis hijos varones, se fueron de seminariastas. Debí prever las posibles consecuencias de aquella decisión. Pero entonces creía yo tan fervientemente en la iglesia, que tal decisión de mis hijos, para mí había sido un llamado mismo de Dios. Mis hijas también habían tocado a las puertas del cielo, pero tampoco a ellas se les permitió entrar al reino de los cielos. Las echaron a la calle. Ahí decidieron perderse.

Se las llevaron a todas mis hijas, o incluso se fueron ellas solas, insistiendo que se las llevaran. Y no faltaron los acomedidos. Mi marido hacia tiempo que había muerto, solo que un día finalmente lo tuve enterrar. Me faltó el coraje de mi madre, para educar a mis hijos, para enterrar a mi marido en vida. Dejarlo. Pero eso, estaba en contra de la iglesia. Para mí no había otra ley, que lo que la iglesia determinaba. Para la iglesia, tenía yo que someterme a mi marido, me sometí. Finalmente quedé sola, para llorar y reír. ¿Dónde estuve metida todos esos años?, pensaba. Cuando conviví con toda esta familia, ¿dónde estuve metida?, ¿hasta que punto existí yo para ellos? La casa se fué ampliando debido a la ausencia de los habitantes, el silencio, y la soledad se hicieron presentes. Después del bullicio de la vida diaria que se fue desvaneciendo, fuí descubriendo mi presencia, atrapada entre los muros de la casa. Sola. Totalmente sola. Quedé abrumada entre tantos recuerdos. La soledad no la percibí entonces como un vacío, fue más bien una sensación de libertad.

Dos de mis hijos llegaron a ser sacerdotes, el mayor de los tres fué director de uno de los bancos más importantes del país. Dos de mis hijas, las mayores, intentaron ser monjas. Terrible aventura. Las corrieron antes de usar los hábitos, las corrieron por malos hábitos, por ineptas. Y por favor no entremos en detalles. Al poco tiempo, después de ese aventurado intento de ser monjas, una de ellas, la más grande se casó, ya embarazada. Otra terrible aventura.

Antes, apenas unos años atrás, cuando yo era joven – la tía formuló una risa irónica al decir eso – y continuó diciendo, eso de casarse embarazada era una deshonra. Un pecado imperdonable, se pagaba demasiado caro. Significaba el destierro para siempre, o incluso la muerte.

Un escándalo al que la familia Meneses tuvo que sobrevivir. La otra monja fracasada, se fue con un hombre mucho mayor que ella, y el fulano aún no estaba divorciado de su mujer. Si casarse embarazada era aún un escándalo, eso de irse con un hombre casado, era un pecado capital. Otro terrible escándalo al que tuve que sobrevivir. La más pequeña de mis hijas, esa fue más refinada, no la ví embarazada, un día llegó con su envoltorio entre los brazos, nunca quizá decir el nombre del padre.

¿Se imagina usted esos argüendes?

Mis hijos se la pasaron escandalizándo nuestro nombre, en todo pueblo. Lo que antes se llamaba: la mujer que dió su mal paso, ahora le decían *madre soltera*. Antes eran llamadas mujeres pecadoras. Putas. Y no hace mucho tiempo, por ese chiste, la sagrada iglesia católica, apostólica y romana, a todas esas mujeres que habían dado su mal paso, las entregaban vivas a la hoguera. Sí, las quemaban vivas.

Una mujer que había dado su mal paso, se escondía de la gente y moría incluso de vergüenza. Ahora es incluso motivo de orgullo. *Madres solteras*. Mujer emancipada. Que le vamos hacer, así son las cosas hoy en día. De mis hijos, dos de ellos, ambos curas, es preferible no hablar. Como cambian los tiempos. No ví venir ese cambio, de pronto ya estaba ahí conmigo, y yo en el embrollo de tratar de comprender estos tiempos modernos.

La maestra Bartola, la señora la directora de la escuela del estado, la más estricta de todas, temida y respetada por todos. Un día sufrió una terrible caída, y rodó desde lo alto de la colina, y todo el pueblo fue testigo de su desgracia, la vieron rodar. Esa caída marcó mi existencia. *La mejor escuela de la vida es la experiencia*, esa que prueba y reprueba y el veredicto dictado es irrevocable.

Un día estuve en boca de todos, fuí el hazme reír del pueblo, hasta que la gente se hartó. Quedé reducida a un chiste.

Por cierto. Un chiste de mal gusto.

3

Yo solía observar a la tía Tola, cuando ella se encontraba sentaba en medio del patio, acicalándose la melena. Era un ritual de todas las mañanas.

Parecía que se sostenía en el aire, el pequeño banco de madera desaparecía en aquella voluminosidad de cuerpo. La tía Tola era una mujer de hábitos. Se peinaba de la misma forma todos los días. Asistía a misa todos los domingos. Castigaba severamente a sus alumnos y ahijados, cuando se portaban mal. Tenía el hábito de persinar a sus sobrinos cuándo los despedía. Excepto yo. A mí no me percinaba. Nunca. Yo ya había nacido percinado, decía ella.

En los tendederos de ropa, en el patio interior de la casa, colgaban los vestidos para secarse ante el sol. Eran una especie de costales de café, o sacos de papas. Aquellos costales en tonos oscuros, con brocados, eran demasiado elegantes como para ser simples sacos de café. Eran los

vestidos de la tía Tola. Siempre el mismo corte rectangular y bondadoso de tela. Eran vestido hechos a la medida de aquél cuerpo singular. La tía, como siempre, peina su melena con su gran peineta. Primeramente peinaba su cabellera hacia adelante, luego hacía atrás, después hacía dos madejas de pelo. Peinaba una madeja a la derecha, y otra a la izquierda. De raya en medio. Encajaba la gran peineta sobre su abundante cabellera, mientras hacía una trenza a la derecha, luego otra a la izquierda. Después entrelazaba por enfrente las dos trenzas que descansaban por un momento en sus dos grandes y frondosas tetas, que caían libres; luego ataba las trenzas a un listón, y para finalizar, subía las dos trenzas en su cabeza formando una diadema. Con aquel peinado, y vestida con aquellos elegantes costales de café, la tía Tola era conocida y respetada por todo el pueblo, y muy temida por los alumnos.

La maestra Bartola, peinada de rajada en medio, de diadema hecha de dos trenzas. Vestida de sacos de tela con brocados, en colores oscuros, con su pequeño bolso de mano, de anteojos para leer colgado al cuello, sostenida toda sobre un par de zapatitos negros con tacones siempre desgastados. Esa era doña Bartola. La directora de la escuela del estado. Nadie conocía en realidad a la maestra Bartola. La institución. Yo la conocí como una mujer sin título, la conocí en la rutina de su vanidad. La conocía como una mujer creyente, fanática, de dioses hechos de yeso. La observaba en sus rituales. Hablábamos poco entre nosotros. Nos tolerábamos. Conmigo siempre fué atenta y amable, llegaba yo a comer a su casa, y podía leer cualquier libro de su biblioteca. Entre ella y yo existía una línea, de la neutralidad. La tolerancia.

La tía Tola era en general una mujer sonriente, alegre. Antes de saludar, la sonrisa saltaba a la vista, y al saludar, mostraba los dientes con simpatía. Siempre tuve la falsa impresión, que para la tía Tola, todo era causa de alegría. Felicidad. La recuerdo una sola vez, en la que supongo, debió haber llorado, y aún en ese recuerdo, más que llorar, reía. Entonces recuerdo más bien la risa, no el llanto. Nunca el llanto. Porque no concebía verla llorar. La tía Tola era una ironía, supongo. Una vez en su vida debió haber llorado de adeweras, fué el día de su cumpleaños, el mismo día de su santo.

El día de San Bartolo.

No recuerdo la música, ni el retumbar de la marimba, ni el retumbar de la tarima por el taconeo del baile, y la tía Tola girando al ritmo de la música. No, eso no ocurrió esa vez. Ese día estaba la tía Tola, como siempre, sentada en el aire. Había tomado varios tequilas, pero aún se comporta y decía, ¡salud!, y otra vez ¡salud! La risa era eterna en ella, la risa la llevaba como una cicatriz en su boca. Nunca seria, nunca triste, ni pensativa. La risa siempre imperaba en aquella cara redonda, coronada con dos trenzas. Nos recordaba la tía, que se trataba del día de las Bartolas. Y a su propia salud, brindaba con tequila. La sonrisa entonces, en el día de las Bartolas, era aún mas irónica que de costumbre.

La tía Tola debió haber llorado realmente, al menos una vez en el colapso de su vida. De la caída que había sufrido. El desprestigio, del que nunca se

recuperó. Se refugió en su casa. La casa la convirtió en su guarida. Como una osa polar que inverna incluso todo el verano. No volvió a visitar nunca la iglesia.

4

Formé una familia, tuve seis hijos en total, tres mujeres y tres hombres. Como madre, los recuerdo a todos desde que eran bebés, aprendieron a caminar, luego fueron a la escuela. Luego les creció las alas a todos y se marcharon. Pensé. Pero no les creció a todos, suficientemente las alas para llegar lejos.

Las madres siempre recordamos a nuestros hijos siendo niños, la edad en que requieren más cuidados. Recordar a mis hijos en la niñez, es verlos nuevamente jugar. Contemplarlos, deseando que no hubieran crecido nunca. Continuar al pendiente de sus tareas, que comieran sus horas, contarles historias cuando se van a la cama, enseñarles las tareas de la casa. Las tareas de la casa entonces, estaban muy bien definidas. Las tareas de las mujeres, y las tareas de los hombres. No existía eso de la emancipación de la mujer.

En mis tiempos un hombre no realizaba las tareas de las mujeres. Nunca. Y una mujer... bueno, las reglas siempre se rompen. Pero un hombre nunca realizaba las tareas de la mujer, no era algo que estuviera prohibido, no era ningún pecado, simplemente era mal visto, estaba fuera de las reglas, de las normas establecidas, así nos habían educado, y así habíamos educado a nuestros hijos.

Uno podría pensar entonces que las mujeres estaban para someterse, y se sometían, y enseñamos a los hombres, a nuestros hijos, a someter a las mujeres. Los educamos bien, o los mal educamos. Saque Usted sus propias conclusiones de eso. Las mujeres propiciamos al machismo. Así instruíamos a nuestro hijos; tu eres el hombre, tu mujer debe obedecerte y respetarte. Tu eres la mujer, debes ser fiel y someterte a tu marido. Imaginense, eso era entonces ser una buena mujer. Someterse.

A la mujer se le enseñaba a bordar, tejer, coser, cocinar, lavar la ropa, mantener la casa limpia y funcional, todo en función del hombre, del futuro marido. Cuando una mujer llegaba a casarse, sabía entonces realizar las tareas de una casa, y aunque no supiera en que consistía atender a un hombre en la cama, le estaba claro que su vida era en función del marido, y solo en eso tenía sentido su existencia.

Las mujeres estábamos programadas y capacitadas para servir. Aunque no tuvieramos la menor idea de lo que nos esperaba con un hombre en la noche de bodas. Porque eso sí, una mujer tenía que llegar virgen al altar, entonces no se trataba solo de lucir un vestido blanco, representaba la pureza, nuestra virginidad. El honor.

Ahora todas las putas se visten de blanco para llegar al altar, casándose con cualquier padrote.

Siempre cumplí con las labores de la casa, eso me enseñaron, así me criaron, no era cosa de *pobre mujer*, sino más bien, así funcionaba la mujer, así fue hecha, así fue criada. Así estaba constituida y no de otra forma. Se llegaba virgen a la iglesia, se era fiel al marido, abnegada, sometida. Sin embargo en mi opinión, una mujer nunca ha sido pasiva. La

mujer es la que cría, la que forma, la que educa al hombre. Todos esos hombres que van ahí dándose aires de gobernar al mundo, son productos de la mujer. ¿Cómo puede ser pasiva una mujer? Jamás.

El hombre es un producto de la mujer. Es su obra. ¿Cómo puede ser la mujer del sexo débil?, si es la que sostiene al hombre y lo mantiene en pie. La que lo parió.

Los juegos de la niñez, no eran para entretenerlos, se trataba de dirigirlos, se formaban en esos juegos supuestamente infantiles. Los niños jugaban a la guerra, a las peleas, jugaban a ganar la batalla, cabalgaban en sus caballos de palo hacia la conquista, se entrenaban en el tiro al blanco con la resortera. En sus juegos infantiles se entrenaban los hombres del futuro. Y ya grandes, estaban formados para ganar la pelea, para ganar la guerra o morir en la batalla. Estaban entrenados para combatir en la guerra de sus vidas, y ganar. Tener éxito.

Las niñas tampoco jugaban, se ilustraban en lo que es ser una mujer. Se les entrenaba con las muñecas, a la casita, a la comidita, a esperar, como la pobre cenicienta al príncipe azul, a mantener todo en orden, a cuidar del bebé. La niña se entrenaba a ser mujer, a tener hijos, a preparar la comidita, a lavar los trastes después de la comidita, a limpiar la casa, a lavar la ropa, a sentarse a tejer, remendar, y esperar al señor de la casa, para cuando éste le diera la gana de volver a su hogar y ver a su familia.

5

Un día la abuela observó patética ese cruel entrenamiento con sus nietas, cuando jugaban con sus muñecas. Y decidió jugar con ellas otro juego muy diferente. Les preguntaba entonces, de forma muy irónica a las niñas... *señora, Usted mantiene muy limpia la casa, y cuida muy bien al bebé, y siempre esta Usted muy sola ¿Por qué tan sola señora?, ¿por qué no olvida usted la casa y a esa criatura llorona y cagada y se hecha usted a correr? Sí, dejen todo ahí tirado,* ordenó un día, *hechense a correr al campo, ¡vayanse!* Gritó.

Las niñas notaron el momento en que la abuela dejó de jugar con ellas, les estaba ordenando a que renunciaran a esos juegos. Ellas no supieron que decir, paralizadas, con sus muñecas en la mano, siguieron escuchando a la abuela. La dieron por loca. Después continuaron con su juego aquél de la casita; dónde el hombre aunque ausente, todo lo que la mujer hacía, era en función de él. El dueño, amo y señor de la casa.

Un día la loca de la abuela ordenó a sus nietas, que juntaran a todas las muñecas y las llevaran al centro del patio interior de la casa. Las niñas obedientes colocaron todas sus muñecas en el centro del patio. Se había formado un cerro de muñecas. *¡Asegurense de que sean todas, quiero ver todas las muñecas aquí juntas! Que no sobreviva ni una sola. Vamos a jugar otro juego.* La loca de la abuela, entonces organizó a todas sus nietas, tomadas de la mano haciendo un círculo, y en medio de aquél círculo se quemaron todas las muñecas, mientras las niñas calladamente lloraban.

Todos estábamos de acuerdo en que la tía a abuela estaba enferma de una locura incurable.

La palabra feminismo no existía, no en el pueblo, y de haber dicho alguien, que la abuela era feminista, habrían pensado que se trataba de alguna rara e incurable enfermedad.

6

Nací el día de las Bartolas, y claro, como el calendario marcaba ese nombre, no hubo más que bautizarme con ese nombre. Bartola. El calendario lo marcaba, y la iglesia lo confirmaba, el cura dijo, hoy es el día de San Bartolo, y Bartola me pusieron, así que soy Bartola, no se les ocurrió otra cosa, no hubo alternativas, estaba ya escrito, antes no nació el día de San Caralampio, te imaginas sobrino, que chinga. De todas maneras no me escapé del todo, así que soy Bartola.

Tola.

La tía Tola era una mujer que le gustaba conversar, tenía carisma y una buena dosis de sarcasmo. Contaba de cada tema con tal certeza, como si ella misma lo hubiera escrito estando frente a los hechos. Las noticias, los sucesos, eran así como ella los contaba, como ella lo pensaba, y no de otra forma. Nos contaba de cada experiencia ajena, como si ella misma hubiera sido la propia testigo de tales actos, y a esto venía también su dictamen, el cual una vez dicho el veredicto era un caso cerrado.

Hablaba del nuevo sacerdote de la iglesia. El señor sacerdote. En aquél entonces se refería a los sacerdotes, siempre con tanto respeto. Los sacerdotes de la iglesia en mis tiempos, eran los representantes exclusivos de dios sobre la tierra. La tía Tola, nos contaba también de herejías. En el pueblo habían llegado gentes con otras creencias que no pertenecían a la santa iglesia católica, apostólica y romana. Entonces esas falsas creencias no eran aceptadas y las condenaba, no maldecía a esas otras creencias, simplemente los condena y basta. Contaba también cuantos homosexuales existían ya en el pueblo. Que horror. Se acercaba el fin del mundo.

Todo empezó con la santa trinidad, según ella habían en total tres homosexuales en el pueblo. Al decir la palabra homosexual, se persinaba. Pues la homosexualidad para ella era algo apocalíptico. En aquél entonces, la tía Tola tenía toda la certeza de haberse ganado el cielo, y en aquél entonces, los homosexuales estaban condenados al infierno, incluso antes de haber nacido. La tía Tola, debió haber presentido el fin del mundo, la perdición del pueblo. Sodoma y gomorra. Pero por desgracia no pudo preveer su propia caída.

La tía Tola no se le escapa ninguna nueva noticia del pueblo, excepto de ella misma. Se quejaba del costo de venta del saco de café, ya no es negocio, decía. Luego el costo del plátano, se mal vende o se pudre. El bajo costo del cacao, para venderlo a esos mercaderes extranjeros, que no tienen ni idea de como se cosecha.

Ahora las mujeres pretenden usar pantalones, al decir eso, la risa de la tía era histérica. Descalificando tales atrevimientos en contra de las costumbres y los buenos hábitos. Las chicas de hoy usan minifaldas, muestran las piernas, muestran los senos, se insinúan, andan casi desnudas. La desvergüenza. Muestran hasta lo que no. Vestidas de putas. Ofreciéndose casi a los hombres. Y los hombres que son tan débiles ante

la lujuria... imagínese Usted las consecuencias. La tía Tola podía casi percibir la presencia de satanás, en todas esas abominaciones en los deseos carnales.

Un día llegé a la cocina, durante los preparativos de una de las tantas fiestas que se festejaban en el pueblo, o en la familia; ya fuera un cumpleaños, una boda, un bautizo, el santo del patrono del pueblo, un velorio, el novenario de un muerto. Nunca hacían falta los motivos para festejar. Intenté ayudar en la cocina, en los preparativos del banquete. La tía Tola me sorprendió con las manos literalmente metidas en la masa. Eso de la cocina le corresponde a las mujeres, para eso habían nacido. Para eso existen. Me recordaba la tía. Un hombre debía cargar una penca de plátanos en los hombros, un saco de café, partir la leña con el hacha. Pero para esos quehaceres de los hombres, habían empleados analfabetas mal pagados, quienes trabajaban toda una jornada a cambio de un plato de comida servida por las mujeres sirvientas.

La próxima vez que llegué a la cocina, sin ver a ninguna de las mujeres, ordené entonces de comer. *Tengo hambre*, Y se apresuran a servirme de comer. La comida está fría, me quejé, y se apresuran a calentarla. *Quiero más*, Y se apresuran a servir un poco más. Sí, eso me gustó, que bien se siente ser servido, ¿soy un Macho?! Bueno, fué idea de la señora directora de la escuela. Pues ahora que se chinge.

¡Esta comida no me gusta!

7

Contaba la tía Tola de sus hijos, su gran orgullo. Sus hijos representaban la gloria del pueblo. Cada vez que había la ocasión, nos hacía saber que el pueblo, se había salvado debido a sus hijos, como Moisés salvó a su pueblo en Egipto. Cuando la tía se refería a alguno de sus hijos, no decía Chelao, sino el señor cura Wenceslao. Yo entonces, no tenía contacto cercano con ninguno de los representantes de Dios. Ni entonces ni ahora. ¿Cómo podría yo, un simple mortal, contactar con la divinidad? Yo, solo los observaba, y me mantenía al margen. En realidad cualquier cura hay que tenerlo en la mira. Los curas en mi parecer, siempre han sido sospechosos. En mucho, o en todos los aspectos. Pero no deben de hacerme caso. Soy un simple mortal.

En la iglesia, el pueblo entero, le tenía que besar las manos al tal Chelao, porque para el pueblo ya no era simplemente el tal Chelao hijo de la profesora. Ese cabrón, era ahora ni más ni menos que la representación misma de Dios en el pueblo, y no solo del pueblo, del país. Representante de dios en el mundo entero. Y ningún pinche indio podría siquiera aspirar a Dios, si no fuera através del mequetrefe vestido con sotana. Sí, a güevo, tenían que besarle las manos al cura.

No había otra forma para aspirar a un cacho de cielo y salvarse de ir al infierno. Bueno, excepto si se tuviera suficiente dinero para ofrecer una buena limosna, e incluso reservarse un lugarcito en la iglesia, para sentarse frente al altar y escuchar el sermón del cabrón cura, en la santa misa. Tragando hostias de primera mano.

Decía mi padre, un hombre bastante escéptico en cuanto a la fé, que la mayoría del pueblo eran unos muertos de hambre. Todo el consuelo de los

pobres, se basa en la esperanza, que algún día ascenderán al cielo, como recompensa final a su jodidéz.

Tenía yo siete años de edad, lo recuerdo, aveces acompañaba, al entonces mi primo Chelao ir de caza. Era un seminarista con cara de tonto, y retraído. Pero era un buen cazador. Lo observaba de cerca, mientras hacía una señal de guardar silencio y se concentraba, poniendo en la mira a un ciervo, para darle al blanco. El rifle estaba cargado. La gasela inquieta, tuvo el presentimiento mortal. El seminarista disparó. El animal cayó fulminado al impacto, desangrándose sobre la hierva. Chelao como siempre, tuvo una sonrisa de satisfacción. *No sufrió nada el animal*, dijo. Ahora recuerdo y reconozco aquella cara de instinto asesino. El primo Chelao era un excelente tirador al blanco.

La maestra Bartola aún después de haberse jubilado, conservaba su fama de ser una mujer muy estricta con sus alumnos, dentro y aún fuera de la escuela. Un día perdió la fama y el prestigio, no fué de la noche a la mañana, fué un proceso lento. Irreversible, en los cánones de la historia del pueblo.

En aquél entonces los padres pensaban que los métodos de la tía Tola, eran los más eficaces para que un chamaco aprendiera las letras. A golpes.

Llegó entonces uno de sus ahijados, Ramón, uno de los tantos ahijados de la tía, pués cuando había un nuevo nacimiento, la tía Tola era muy solicitada para ser la madrina. Y la tía siempre estuvo dispuesta para amadrinar de ser posible a todo el pueblo.

8

Ramón era uno de los infelices ahijados de la profesora Bartola, y como todos, evitaban pasar por la calle por donde vivía la Maestra. El tal Ramón había sido sorprendido cometiendo una falta. Tenía, lo que se llamaba una cuenta pendiente. Y la profesora y madrina, siempre tomó muy enserio eso de educar a los muchachos con la vara. Ramón ya se imaginaba lo que le esperaba, y sabía que era mejor no contradecir las reglas. Se presentó entonces ante la autoridad, representada entonces por la tía Tola.

Ramoncito se presentó muy mustio, con la cola entre las patas. La Madrina ya lo esperaba. Utilizo su mismo método de siempre, de dar confianza. Con voz maternal formulaba las preguntas. ¿Dónde haz estado hijo?, ¿con quién?, ¿a qué horas?, ¿para qué?, ¿porqué?, ¿con que permiso?. No había mucho tiempo para responder a una pregunta sobre otra, y de eso se trataba, no dar tiempo para una mentira. Para un intento de defensa.

Cuando se trataba de castigar, la tía Tola era más amable que de costumbre, era parte de su método en esos juicios. La sonrisa siempre presente. El ahijado, el acusado, ante aquella actitud maternal se tranquilizaba un poco. La tía Tola escuchaba las medias respuestas, con esa risa irónica de saber, ya de antemano las respuestas, de reconocer la mentira, pero ella escuchaba sin inquietarse, a que el infeliz se confesara. Con risa amable, los enviaba con el primo Chelao, el entonces seminarista . *Vete con Chelao hijo mío, y hay lo vuelves hacer*. advertía. El primo

Chelao, era de muy pocas palabras, moreno, grande, flaco, retraído, de risa siniestra, de mirada escondida. Asesina.

Ya estando el acusado ante Chelao, la cosa era más rápida, no había interrogatorios, ni explicaciones. Chelao, vestía siempre de sotana, y llevaba siempre consigo una biblia y un rosario que sostenía entre las manos. Y entre la sotana, llevaba consigo un látigo. El látigo era una rama de huacal. Ramón se presentó ante Chelao, quién recibía a los mozuelos siempre con una breve sonrisa y con los brazos abiertos.

El látigo llegaba de sorpresa, el efecto ardiente era para saltar y gritar en el acto. Diez azotes, era la dosis del castigo. Ramoncito era la excepción, pues para su suerte no le simpatizaba mucho al futuro señor cura, y entonces se permitía doblar el castigo. Hasta que Ramoncito se retorció sobre el suelo como una culebra adolorida al efecto de cada azote.

La noticia de quién había sido castigado, se esparcía en todo el pueblo como polvora, entre los estudiantes. Si alguien llegaba a toparse en el camino con el castigado, le decían, haciéndole recordar su miserable suerte, *hay lo vuelves hacer*, burlándose así de su desgracia.

El muy cabrón de mi hermano mayor, conocía muy bien esa experiencia, como que la vivió en carne propia, esa frase de: *vete con Chelao hijo mío*. Jamás en su pinche vida lo olvidaría. Ocurrió cuando estuvo un año bajo la custodia de la tía Bartola. Un día fué a bañarse al río con unos compañeros de clase después la escuela, sin haber pedido permiso, según contaba él, había regresado tarde a casa, su error fué no pedir permiso. Entonces cuando llegó, después de su aventura, saludó como siempre a la tía, y la tía preguntó que, ¿por qué tan tarde?, ¿a dónde fuiste hijito?, ¿con quién?, ¿por qué?, ¿con qué permiso? El infeliz no advirtió el peligro tras esa sonrisa amigable y bondadosa de la tía.

El muy iluso le inventó a la tía, que la escuela, que una tarea de equipo, que el maestro... y ella como siempre, risueña, movió la cabeza de izquierda a derecha, diciendo, no, no, no. Ah, hijo de mi alma, vete con tu primo Chelao, te esta esperando. Sí tía, dijo automáticamente. El muy iluso sin considerar lo que eso implicaba, fué a buscar inmediatamente al primo, que ya sabía donde encontrarlo.

Mi hermano no la vió llegar, de pronto sintió que los huevos se le subieron hasta la garganta. *¿Qué dijo la tía?, ¿para que te azoten? No*, debió haber escuchado mal, pensó. Sí, había escuchado mal, pero por otra parte había comprendido lo que significaba ir con el primo Chelao. Y no le quedaba más que presentarse.

Cuando llegó ante el primo Chelao. Efectivamente. El hijo de puta vestido de sotana, casi se cagaba de la rísa al descubrir la cara de espanto del chamaco. Dijo, que *todo esta bien, que ya lo estaba esperando, todo era por su propio bien. Me tomó de la mano, y yo de imbécil que le dí la mano. Me dijo, vamos a contar hasta diez*. Cuenta, el infeliz, todavía encabronado al recordarlo, después de tantos años. El efecto ardiente de la vara de huacal. En cada azote, tenía la sensación de sufrir quemaduras de primer grado en la espalda, y después del efecto del fuego, venía un efecto ardiente, como untar chiles en polvo directamente en los surcos

abiertos en la piel. Azotaba con saña, con ganas de partir, romperte la espalda a varasos. Diez azotes con la vara de huacal.

Un azote de una vara de huacal dolía y sigue doliendo más que un cable, más que el sable, más que cualquier latigo para azotar a las bestias, someter a las mulas, duela mucho más que todos los látigos juntos. El pobre desgraciado, aún años después, lo contaba con un odio que le envenenaba otra vez toda la sangre con solo recordarlo. Un par de horas después de los azotes, todavía tenía espasmos y se retorcia, le daba unos calambres pasajeros, calambres inesperados e incontrolables, como un ataque epiléptico. A través del espejo podía contar claramente los surcos de cada varazo. Los diez varazos formaban una especie de arte abstracto en la superficie de la espalda. *Body art*. Después de un mes, los azotes en la espalda ya habían cicatrizado, excepto la idea de evitar la vara de huacal. Eso me contó una vez en confianza, el muy pendejo de mi hermano.

9

El castigo de la vara de guacal, no dejó a mi hermano en paz, pues no podía dejar de pensar en eso, y entonces se dió a la tarea de indagar sobre la vara de huacal. Hasta entonces nadie había estudiado la vara de huacal, aunque era muy conocida por su gran consistencia, comparada incluso con el acero, solo que extremadamente flexible, y por otra parte conocido por sus frutos, unos melones verdes, grandes y redondos, que aunque no se comían, se cortaban y se ponían a secar, ya secos se cortaban en dos, se hacían de ellos los también llamados huacales, que los indígenas usaban como bandejas para beber agua o pozol. El pozol era una de las bebidas tradicionales hecha de masa de maíz.

El árbol de huacal era muy apreciado, y por otra parte no tenía ninguna buena reputación entre los estudiantes, pues siempre temían tener que confrontarse con la vara de huacal en algún castigo, por lo menos una vez en sus vidas. El efecto psicológico de temor a la maestra Bartola, se debía, que siempre llevaba una vara de huacal en sus clases, ahí estaba la advertencia de portarse bien. La pinche idea no podía ser menos efectiva. Finalmente el primo Chelao terminó el seminario. El pueblo tenía entonces su primer cura nacido del pueblo. Y el evento habría que celebrarlo en grande. El acontecimiento se llevó a cabo en la tabacalera. Una bodega gigantesca, abandonada, casi en ruinas, donde antes, en sus buenos tiempos, se trabajaba el tabaco. Aquella bodega volvió entonces a la vida para festejar al primo. Ahora hecho santo.

La tabacalera fué adornada con girnaldas y papeles de colores. Había llegado la música. Las mejores marimbas de la región. Y claro, el banquete, la moliza. Se celebra la llegada del señor sacerdote. El hijo de la maestra Bartola, la señora directora de la escuela del pueblo. La tía Tola lloró ese día de alegría, el llanto del júbilo no empañó la risa. Si no al contrario, su felicidad era casi divina.

Yo me había perdido el sermón del cura. Me lo había pasado escondido entre algunas tarimas de la bodega, con otros excomulgados por voluntad propia. Habíamos bebido tequila y fumado tabaco. Habíamos tragado como cerdos, y vomitado. Y listos para volver a tragar. Lo que no me

perdí fué el baile, ver bailar al bulto de café con patas de la tía Tola, era en mi opinión, todo un espectáculo. Inparable, nadie podía detenerla, barría toda la pista de baile con la cadencia de sus movimientos, la tía Tola no se cansaba, nadie la aguantaba. Todos se desmayan y la tía Tola seguía girando, dando vueltas como un trompo, desafiando la pinche teoría de la gravedad.

Mi madre, nos contaba de la locura de nuestra tía abuela, el de la quema de todas las muñecas de sus nietas. Había contemplado la idea de dejar todo eso de la familia ahí tirado y hecharse a correr al campo. La tía abuela, ya anciana pensó hecharse a correr al campo, pero eso ya no tenía ningún sentido. Mi madre también contempló la misma idea y muy en contra de sí misma, se quedó en casa. *No tenía yo remedio. Así fuí hecha.* Se resignó a confrontar su destino.

La tía Bartola esta ahí en medio del patio interior de la casa, desapareciendo el pequeño banco con su monumental escultura, con la misma risa pero mas breve, se a había vuelto mas lenta, mas sángana, aunque seguía usando la misma talla extragrande de sacos de café como vestidos. Había algo en ese rostro de la tía que expresaba descepción, nostalgia. Ahora era un andrajo de lo que fué la señora directora del estado, ahora era simplemente, Tola. Sin fé.

La tía Bartola siempre conseguía el *Breking News*, sino era por terceras personas, era ella misma la noticia del momento. La cumbre de su popularidad llegó a tener otra dimensión, cuando crecieron sus hijos. Y el pueblo estaba muy atento al desarrollo de los eventos, experiencias, los escándalos en las vidas aquella familia de los Meneses.

FIN DE LA PRIMERA PARTE...

Mujeres del Limbo

Crónicas Urbanas

Doña Bartola, La Maestra Rural

y para dios no existe la tolerancia.

Escrito por

Riky Vera

Éste libro es un trabajo de ficción. Nombres, caracteres, lugares e incidentes, son productos de la imaginación del autor o son usados de forma ficticia. Cualquier similitud en eventos actuales, lugares o personas, vivas o muertas, son pura coincidencia.

Título: Doña Bartola, y para dios no existe la tolerancia.

Serie: Mujeres del Limbo. Crónicas urbanas.

Escritor: Ricardo Vera / Riky Vera

Ilustración de portada: Fernando Botero, *El Baño*, 1989.

Colección particular (Detalle)

Copyright © 2017 Ricardo Vera

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de los ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier reimpresión ya sea texto o gráficos, así como también fragmentos de, solamente con la autorización por escrita del escritor. Todo texto, gráfico, ilustración, son propiedad legítima del dueño.